“Pedro Páramo o la inmortalidad del espacio “

Se intenta desmostrar la creación de un espacio que trasciende el plano físico y es dominado por lo mágico y lo mítico, lo cual implica una anulación del tiempo y su reemplazo por el “eterno presente de los muertos”.

El espacio sacrifica su importancia a nivel geográfica en función de la creación de otros espacios, como lo es el espacio mítico o el espacio verbal.

La evolución del título demuestra una preferencia por lo épico (“Pedro Páramo”) y lo misterioso (“los murmullos”) sobre los espacios tangibles.

El mismo lenguaje se configura como espacio en la medida en que el texto se convierte en el lugar en el cual el lector y el autor conviven.

A través del lirismo el elemento espacial pasa de ser un simple trasfondo a ser una “proyección del espíritu” rulfiano. Se convierte, en pocas palabras, en herramienta de interacción del autor como locutor y del lector como receptor.

Es la imagen poética la encargada de hacer del texto un espacio, puesto que es ella la que comunica al lector con “el otro mundo”, es decir, con el elemento onírico y fantástico de la novela.

La secuencia temporal de la historia tiene una importancia como elemento espacial al fundirse con el espacio: el pasado ya no está “atrás” sino “alrededor”.

La idea del “otro mundo” causa una ruptura entre el “aquí” (identificado como el mundo puramente material) y el allá (identificado con el mundo de los “murmullos” y recuerdos, y asociado con la idea del infierno). Esta idea se refuerza con el hecho de que se hable de un “subir” y un “descender”.

En el inicio, Juan Preciado crea el “otro mundo” en torno la figura paterna. Así, Comala pasa a configurarse como la morada paterna y, de allí, se presenta como el espacio por ser conquistado .

La relación entre estos dos se considera “órfica”: los personajes descienden al “allá” de la misma manera en que Orfeo desciende al Hades.

Las descripciones paradísimas de Dolores contrastan con lo que encuentra Juan Preciado: los “murmullos de vida” son en realidad los murmullos de los muertos enmarcados en un contexto atemporal. Comala se convierte en un espacio vacío, lleno de nada, y extemporáneo (el otro mundo)

La transición entre el “aquí” y el “allá” esta dada sobre la percepción de Comala: del paraíso creado por Susana y Dolores, se llega a la devastación y a lo infernal.

Por encima del espacio físico, la fundamentalidad del elemento espacial también surge en la atmósfera de hostilidad creada por las ánimas en pena, por la devastación, el calor infernal y por lo apocalíptico. A medida de que Juan Preciado desciende a Comala, aumenta el calor y la desolación.

Susana San Juan experimenta algo parecido: la muerte de Florencio conlleva a que su cuerpo como espacio erótico se convierta en un espacio vacío y sin sentido. También, al descender a la mina cuando niña, ella llega al mundo de abajo, de sombras, al “otro mundo”.

En ambos casos es la imagen poética la encargada de vaciar los espacios: las evocaciones a la Comala idílica y al cuerpo de Florencio se convierten en ese “otro mundo” que elimina el tiempo: tanto Dolores como Susana están atrapadas en sus recuerdos, es decir, en el discurso poético.

Dicho esto, la muerte es un acto espacial: es la transición entre el mundo órfico, de sombra y de muerte (abajo) y el mundo normal (arriba). Esto concuerda con las acciones de ascender y descender.

Pedro Páramo solo experimenta lo órfico superficialmente con la muerte de su padre, pero solo al final, al renunciar al infierno creado por su poder y en aras a encontrar a Susana San Juan, acepta el acto de morir.

Sin embargo, es evidente que Pedro Páramo sí está atrapado en un tiempo muerto, puesto que “desde niño” ingreso a aquel espacio en donde la simultaneidad del tiempo anula su propia pasar.